



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

DAVID JIMÉNEZ ÁVILA

BAJAR LAS ESCALERAS CON LOS OJOS VENDADOS

BOGOTÁ

2022

INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO

ANDRÉS BELLO

MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

BAJAR LAS ESCALERAS CON LOS OJOS VENDADOS

DAVID JIMÉNEZ ÁVILA

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL GRADO DE MAESTRO EN

ESCRITURA CREATIVA

DIRECTORA DEL TRABAJO DE GRADO: ANDREA SALGADO

BOGOTÁ

2022

BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO

**1. TRABAJO DE GRADO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:
MAESTRO EN ESCRITURA CREATIVA**

**2. TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:
BAJAR LAS ESCALERAS CON LOS OJOS VENDADOS**

3. SI AUTORIZO

NO AUTORIZO

A la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, *“Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores”*, los cuales

son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR

Nombre completo:

David Jiménez Ávila

Documento de identidad:

1015440623

Firma:



DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR

| Apellidos | Nombres |
|---------------|---------|
| Jiménez Ávila | David |

DIRECTORA

| Apellidos | Nombres |
|-----------|---------|
| Salgado | Andrea |

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: MAESTRO EN ESCRITURA CREATIVA.

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: BAJAR LAS ESCALERAS CON LOS OJOS VENDADOS

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA.

CIUDAD: BOGOTÁ. AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2022.

NÚMERO DE PÁGINAS:

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones: 0. Mapas: 0. Retratos: 0. Tablas, gráficos y diagramas: 0. Planos: 0. Láminas: 0. Fotografías: 0.

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES:

| ESPAÑOL | INGLÉS |
|---------------|--------------|
| Sueños | Dreams |
| Microfascismo | Microfascism |
| Violencia | Violence |
| Utopías | Utopia |

RESUMEN DEL CONTENIDO

Un hombre se rompe una muela del juicio comiendo una almendra francesa y es mutilado por su dentista, un niño es devorado por un león tendido sobre los pedales de un órgano, un empleado de una fábrica de juguetes empieza a perder las partes de su cuerpo hasta desaparecer casi por completo. En *Bajar las escaleras con los ojos vendados*, el lector asiste a una colección de relatos inspirados en la vida onírica del autor que dan cuenta de cómo los microfascismos y las violencias de la cotidianeidad se replican en los sueños. En estas historias, los personajes habitan universos en los que la vigilancia y el control se agrietan y dejan ver la posibilidad de pequeñas utopías a través del humor y del deseo.

ABSTRACT

A man breaks his molar after biting a candied almond; a child is devoured by a lion that lies on the floor next to an old organ; a worker from a toy's factory loses his limbs and is about to disappear. *Bajar las escaleras con los ojos vendados* is a short stories collection inspired by the author's dreams where readers witness the manifestation of microfascism and violence in

the subconscious mind. The characters of these stories inhabit universes where control and vigilance are often fissured by desire and humor, revealing the possibility of utopias.

Quitar los velos de la mirada

Durante mi niñez hubo periodos en los que tenía pesadillas con frecuencia. Mi madre solía rezar conmigo por las noches y me ponía música de ángeles y pájaros para evitarlas. También me daba gotas homeopáticas y me hacía meditar con ella. A veces los remedios surtían efecto y las pesadillas cesaban, pero después de un tiempo volvía a despertarme paralizado en medio de la cama, sin poder hablar. Era un niño muy impresionable y recuerdo bien algunos de esos sueños, en especial uno que tuve varias veces a los seis o siete años. La escena iba así: me levantaba de la cama, bajaba las escaleras de la casa de mi infancia y caminaba hacia el umbral de la sala. Hacía mucho calor y podía ver la luz del sol atravesando los velos de las cortinas. En una esquina, justo donde estaba el órgano de mi padre, había un león tendido que me miraba a los ojos y batía la cola muy despacio. Era grande, imponente, pero tranquilo. Yo caminaba hacia él, me sentía atraído hacia su cuerpo, como si tuviera un centro de gravedad propio. Le tenía pánico, sabía que iba a devorarme, pero no podía detenerme. Él nunca saltaba sobre mí; yo me acercaba lo suficiente —me ponía prácticamente en su boca—, y luego me clavaba los dientes y empezaba a masticarme.

Pienso con frecuencia en ese sueño: me gusta su poder de sugestión, los símbolos que lo sostienen, los significantes hacia donde apunta. A veces creo que hay un mensaje que no he sabido leer, algo que no he tomado en cuenta de mi vida consciente de la niñez; entonces recuerdo el sueño y empiezo a ensayar ideas: veo al niño temeroso que camina voluntariamente hacia la autodestrucción, pero también al niño que quiere ser rey, que se sabe poderoso e intuye un destino en la mirada del león; veo a mi padre cuando era joven y toreaba novillos en las plazas de los pueblos de la sabana, listo para derribarme; veo el hocico del león

y pienso en una cueva, en un cuenco, en un útero: pienso en el deseo de volver al origen, al vientre húmedo, a la penumbra.

Nunca he dejado de sentir fascinación por mis sueños; siempre había algo nuevo que me hacía preguntarme cosas, pero fue solo en 2020 que empecé a escribirlos en un diario, a veces en el celular después de despertar para no olvidarme de ellos. No sabía muy bien qué me proponía con eso ni tenía en mente el proyecto que estoy escribiendo; recuerdo que me parecía más importante el acto de tener un diario y de escribir en él con regularidad ideas, sueños, fragmentos de lo que me pasaba.

Meses después, durante las clases de la maestría, leí *La supervivencia de las luciérnagas* de Georges Didi-Huberman, y conocí la historia de Charlotte Beradt, una periodista alemana que recopiló los sueños de sus allegados entre 1933 y 1939, durante el ascenso del Tercer Reich. Beradt vio en ese ejercicio la posibilidad de hacer una lectura del estado mental de los ciudadanos de la Alemania Nazi y transcribió, en su mayoría, sueños de ansiedad, pesadillas de hechos que no habrían de pasar hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial, pero que muchas personas intuían por el autoritarismo del régimen de Hitler. Dice la autora en el primer capítulo de su libro lo siguiente:

(...) los sueños de este tipo —diarios nocturnos, en cierto modo— parecían registrar minuciosamente el impacto de los acontecimientos políticos externos en el interior de la persona a manera de un sismógrafo, pero provenían de una actividad psíquica involuntaria. Las imágenes oníricas pueden, por lo tanto, ayudar a interpretar la estructura de una realidad que se dispone a transformarse en una pesadilla (Beradt 25-26).

Pensé cómo la mayoría de mis sueños daban cuenta de la violencia de la cotidianeidad y terminaban replicándose en mi vida inconsciente. Había leído, también, *Proyectos de pasado*

de Ana Blandiana hacía meses, y se me ocurrió que mis textos podrían explorar cómo el fascismo abre grietas en la vida onírica —me impresionó cómo los cuentos de Blandiana partían de hechos banales y revelaban algo siniestro, además de constituirse como respuestas políticas y estéticas en contra del régimen de Ceaușescu, como en “Una herida esquemática” e “Imitación de una pesadilla”—.

Sin embargo, muchos de los sueños que he tenido también dan cuenta de deseos reprimidos, de conflictos interiores de otra índole. Había violencia, microfascismos —recuerdo, por ejemplo, pesadillas con un profesor que abusó de varios estudiantes en el colegio y vigilaba enfermizamente la postura corporal—, pero también otras posibilidades políticas y narrativas por explorar. Intuí que podría enriquecer el proyecto y pensar, también, en pequeñas utopías, en las “imágenes luciérnagas” que Didi-Huberman menciona en su libro y que, de hecho, Blandiana también explora en relatos como “La gimnasia nocturna” (allí conocemos la historia de un ángel que tiene la misión de exterminar a la humanidad, pero empieza a sentir y a pensar como un hombre, y descubre el placer de soñar después de pasar un tiempo en la Tierra).

Las imágenes votivas y la posibilidad de una utopía

Soñar implica situarse en un terreno movedizo, asistir a un acontecimiento que está a punto de revelarse o de claudicar abruptamente. Me interesa esa inestabilidad del sueño, la dificultad de narrarlo, de encontrar un hilo conductor que conecte los fragmentos que lo componen. Creo que los sueños están íntimamente ligados con lo que Didi-Huberman llama imágenes votivas, esto es, imágenes plebeyas, estéticamente mediocres, pero abundantes y llenas de misterio.

En *Exvoto: imagen, órgano, tiempo*, el autor dice: “Las formas votivas pueden desaparecer por un largo tiempo y, del mismo modo, reaparecer cuando menos lo esperamos” (Didi-Huberman 12). Los sueños, al igual que muchas de estas imágenes vulgares, difusas, tienen la capacidad de evocar deseos, de revelar algo que habita nuestro inconsciente. Suele pasar que nos olvidamos de los sueños por mucho tiempo y los recordamos meses después a raíz de un acontecimiento banal.

Pienso que la posibilidad de una utopía está en ese carácter aleatorio, incompleto de lo onírico: cuando soñamos, la mente consciente y el inconsciente negocian símbolos, significantes, deseos. Tenemos la oportunidad de conocernos, de representar mundos e imaginar historias y, con ello, la posibilidad de la ficción. Uno de los temas que tratamos en nuestras clases de maestría era la relación entre la crisis política que vivimos desde hace 50 años por cuenta del neoliberalismo y la proliferación de narrativas fáciles, listas para consumir. Es pertinente mencionar la descripción que hace Patricia Espinosa de este tipo de literatura en el Chile de los años 90:

Un tipo de narrativa en la cual confluye la ficción con la biografía del autor/a, donde se elimina la acción, los acontecimientos se limitan a lo cotidiano, intrascendente, y el tiempo parece detenido. Mucho yo, mucho individualismo, pero también soledad, tristeza, nuevamente mundos burgueses apresados por una lógica del consumo ligado a las relaciones afectivas (Espinosa).

Creo que escribir ficción a partir de los sueños es una respuesta a esa escritura prefabricada, una reacción que abre la posibilidad de crear unas estéticas que piensen el mundo de una manera diferente a la que impone el establecimiento; es inscribirse, en definitiva, en un espacio en el que especulamos y ensayamos las utopías. Dice Verónica Gerber en el prólogo de *Una orilla brumosa* a propósito del tema: “ensayar especulativamente

es considerar que se pueden hacer mundos poniendo atención a lo que nos circunda —y luego añade parafraseando a Anna Lowenhaupt— (...) mirar hacia adelante es lo que el progreso quiere que hagamos, pero la vida está a nuestro alrededor, no allá adelante” (Cit. en Gerber 14,15).

Lo siniestro y la narración como artificio

En su famoso texto de 1919, *Lo ominoso*, Freud ensaya varias hipótesis para elucidar el fenómeno de ‘lo siniestro’, y dice cómo se manifiesta en la creación literaria a través del borramiento entre lo fantástico y lo real, la incertidumbre intelectual, y la figura de los dobles. Asimismo, estudia la etimología de la palabra en diferentes lenguas y nos da una de las claves más importantes para entenderla a partir de una definición de Schelling: “Se llama *unheimlich* (ominoso) a todo lo que estando destinado a pertenecer en el secreto, en lo oculto, (...) ha salido a la luz” (Freud 224). Lo ominoso, añade Freud, no es algo ajeno, desconocido, sino algo familiar enajenado por el proceso de la represión.

Creo que al igual que sucede con las imágenes votivas, los sueños se relacionan íntimamente con lo siniestro en la medida en que nos revelan el cumplimiento de un deseo culposo; nos dicen algo que conocemos de nosotros, pero que no hemos enunciado con plena conciencia. Además, ponen en duda nuestras convicciones racionales y nos hacen revivir antiguos temores: dice Freud que hoy ya no creemos como nuestros ancestros en la omnipotencia del pensamiento, el retorno de los muertos o la superstición; sin embargo, no estamos del todo seguros de este conocimiento recién adquirido, y dudamos tan pronto se presenta la oportunidad (Freud 247).

De todas las vivencias susceptibles de generar el sentimiento de lo siniestro, creo que lo onírico y las sensaciones que tenemos mientras soñamos —la inminencia de que algo terrible está a punto de pasar, la visión de dobles o de caras conocidas que se deforman—, son una de las experiencias que más nos hacen sentir desorientados, que nos sacan del terreno de lo familiar y lo distorsionan a tal punto que se hace irreconocible. Lo onírico, así pues, apela a todas las fuerzas primitivas a través de las cuales hemos ensayado explicaciones sobre nosotros y nuestro propósito en el mundo.

Fue con Freud, y más tarde con los *Cuentos Fríos* de Virgilio Piñera —un autor fundamental para mi proyecto—, que empecé a fijarme con más atención en los procedimientos literarios; esto es, en el caso de Piñera, la premisa de un universo irónico en el que el lector asume lo absurdo como parte de una narrativa; y la dilación, un proceso que comentaron los formalistas rusos a principios del siglo XX. Dice Tzvetan Todorov a propósito del tema que “El hábito nos impide ver, sentir los objetos; es necesario deformarlos para que nuestra mirada se detenga en ellos”, una cuestión que Víktor Shklovski desarrolla en su ensayo *El arte como artificio*: “El acto de percepción es en arte un fin en sí y debe ser prolongado. *El arte es un medio de experimentar el devenir del objeto: lo que ya está ‘realizado’ no interesa para el arte*”.

Para este momento, había escrito textos que iban a medio camino entre el fragmento y el ensayo, pero no me sentía satisfecho con el resultado. Volví muchas veces a los cuentos de Piñera y leí, también, extractos de *Drácula* de Bram Stoker, y *La cámara sangrienta* de Angela Carter. Me fijé de nuevo en los procedimientos, en la dilación y la sensación de inminencia que los autores creaban —comentamos muchas veces en clase, a propósito de las conferencias de Frank Kermode, que escribir es demorarse, retardar los finales, oscurecer los textos—. Encontré, también, alegorías y simbolismos que me ayudaron a desarrollar una voz.

A comienzos de este año, decidí tomar el material recopilado y escribir relatos a partir de mis sueños. No tenía claro hacia dónde iba y me preocupaba que el tono de los textos fuera demasiado humorístico. Decidí seguir adelante y abrazar esa incertidumbre; seguí escribiendo y ampliando pasajes hasta que compilé los cuentos que presento para este proyecto.

Como dije antes, intuyo una voluntad de autodestrucción y fatalidad en muchos sueños que he tenido, pero también la posibilidad de verlos con otra mirada, de crear pequeñas utopías a partir de ellos: historias que celebren el deseo y el humor; que inviertan, por momentos breves, los roles que les corresponden a los personajes en la escala social, en su entorno más inmediato.

Para terminar, me gustaría hablar de un sueño que tuve hace pocas semanas. No sé cómo llegué a soñarlo y solo mientras escribía este ensayo pensé en la relación que tiene con mi proyecto: me hallaba en medio de un convento religioso al aire libre; había seis o siete monjas tomando un descanso; creo que algunas comían una fruta redonda, una naranja o tal vez una granadilla. Todo lo veía a blanco y negro, pero los contrastes no eran fuertes; no me sentía especialmente ansioso por sombras o brillos intensos como en otros sueños. La madre superior estaba hablando de la importancia de llevar siempre puesto el velo, de cumplir a cabalidad con su deber como religiosas, pero, en un gesto de amistad, de complicidad, comentaba algunos peinados que se podían usar para resaltar el cabello aun usando el velo. De repente, me di cuenta de que todas llevaban peinados vistosos: tupés, *bouffants*, trenzas que sobresalían por las sienes. Se habían esmerado mucho: los mechones de cabello que veía dejaban intuir peinados muy bellos. Me pregunto qué pasaría si esas monjas se quitaran el velo totalmente, si todos nos quitáramos el velo de los ojos y miráramos a nuestro deseo de frente. ¿Qué peligro podría desatarse? ¿Se revelaría algo familiar, algo que conocemos de antaño, que

simplemente sabemos pero que hemos reprimido? ¿Quedaríamos expuestos, nos liberaríamos?

Como mi única preocupación era no perder los ojos, puse todo mi empeño en preservarlos de los terribles efectos de la caída. En cuanto a mi compañero, su única angustia era que su hermosa barba, de un gris admirable de vitral gótico, no llegase a la llanura, ni siquiera ligeramente empolvada.

Virgilio Piñera

Porque ahora descubro que el sueño es una noción transitiva que fluye en una única dirección. Mientras que él, el que sueña conmigo, me transmite, al crearme, sus deseos, obsesiones y frustraciones, sus ideas y sentimientos más ocultos, yo no puedo transmitirle más que la sensación insegura e inquietante de que ha olvidado algo, un sueño o, quizás, mucho más.

Ana Blandiana

El diente contento

Todo empezó con una muela rota. Cada tarde, después de almorzar, me gustaba comprar una cajita de almendras francesas como postre. Las acompañaba con un tinto y un cigarrillo. Era mi momento a solas: me encerraba en el carro, reclinaba el asiento y comenzaba a morder las almendras una por una. No las chupaba; me encantaba clavarles los dientes apenas las metía en la boca, oír ese sonido de porcelana rota, de fractura de molares. Lo hice por 25 años hasta que, en una mordida torpe, se me rompió una muela del juicio, la muela inferior izquierda. Todas las cordales me habían salido a los 18 años sin complicaciones —a mi hermana tuvieron que extraérselas todas y mi padre se desmayó cuando una enfermera le tocó una por accidente para ponerle la anestesia—; me sentía orgulloso de tener una dentadura saludable, de ser el paciente preferido de mi odontólogo. Lo llamaba doctor muelitas de cariño.

Sucedió que, justo cuando se me rompió la muela, el odontólogo estaba de vacaciones en un condominio en Anapoima. Nunca me había pasado en años de consultas.

—Si quiere, puedo agendarlo con mi asistente —me dijo—. Es buena y le puede limar las puntas mientras decido si le pongo una prótesis o le saco la muela.

Acepté con la condición de que me atendiera apenas volviera a Bogotá; no quería andar con un pedazo de muela rota en la boca y que alguien llegara a verme.

Colgué el celular, mandé los últimos correos electrónicos del viernes y fui a La pola cantarina a tomar cerveza el resto de la tarde. Me encontré con Carlota y Simón, y aprovechamos para ponernos al día: les conté lo de la muela rota y Simón aprovechó para decir que las cordales eran un vestigio inútil de nuestros ancestros los simios, y que lo mejor era sacarlas apenas asomaran o que no salieran en absoluto. Carlota lo secundó y dijo que

había leído hace poco un artículo que enumeraba los órganos vestigiales humanos y su falta de propósito.

—El apéndice, por ejemplo, no sirve para nada y en cambio es peligrosísimo; supe de una tía que casi se muere cuando se le rompió eso —dijo ella.

Bebí un par de cervezas más, pagué mi parte de la cuenta y me fui a casa. Iba un poco borracho, con las piernas ligeras. Me quedé pensando en esa conversación sobre el purismo de los órganos, en esa especie de higiene evolutiva que proclamaban mis amigos. Antes de doblar la esquina que da a mi apartamento, un hombre con disfraz de diente con caries me pasó un volante: *Clínica el diente contento: blanqueamiento exprés, tratamiento láser, diseño de sonrisa, coronas y resinas. Aceptamos millas de vuelo.*

Me quedé parado mirándolo: habían usado una fuente gorda para el texto y la foto de un diente borroso para ilustrar la pieza; tenía una raya azul en la mitad que representaba un antes y un después: a la izquierda, el diente estaba amarillo, cubierto de manchitas cafés y con una carie incipiente; a la derecha, tenía el esmalte reluciente, la superficie totalmente blanca, una estrella de cuatro puntas brillando. El hombre con el disfraz de diente cariado se dio cuenta de mi interés y aprovechó el momento:

—Si gusta, caballero, le obsequio este bono por un 10% de descuento en cualquier procedimiento que se haga. Es válido solo por el fin de semana; si se hace blanqueamiento dental le damos otro descuento.

Acepté el bono y lo guardé en el bolsillo trasero del pantalón. Llegué al apartamento y abrí la nevera —suele entrarme un gran apetito cuando tomo mucha cerveza—; saqué un frasco de aceitunas, pan, jamón, cebolla y mucha mostaza. Me hice tres sánduches y me los comí rápido. Los acompañé con unos jalapeños y bolitas de queso. Todo iba bien —aún no me terminaba el segundo sánduche— hasta que el nervio de la muela rota empezó a dolerme. Al

comienzo sentía una molestia solo cuando mordía, así que empecé a masticarlo todo con el lado derecho de la boca. Terminé de comer, me tomé un vaso de agua muy grande y me acosté a dormir. A la mañana siguiente el dolor era insoportable: tenía la boca hinchada y las encías me palpitaban. Sentía como si alguien me metiera un dedo y lo revolviera en la boca. Muy pronto el dolor se expandió a la cara, la cabeza y el cuello.

Llamé a la asistente de mi odontólogo; me dijo que no estaba al tanto de que él la había recomendado y que ya tenía la agenda llena. Le colgué de mala gana y me prometí quejarme de esto con el doctor muelitas. Me bebí un té caliente con miel para calmar el dolor pero solo empeoró: ahora sentía punzadas y se me había entumecido la mandíbula. Fui a la droguería a comprar Ibuprofeno, con suerte Tramadol, y volví a ver al hombre disfrazado de diente en la misma esquina. Recordé el volante y el bono de descuento. Tomé un taxi de inmediato y fui hasta la dirección impresa.

Era un edificio mediano prefabricado, con vidrios espejo y el inflable de un diente feliz en la terraza. Estaba en medio de un barrio residencial a quince minutos de mi apartamento. Entré, el celador me hizo ir hasta una ventanilla en la que expuse con drama todo mi dolor y la recepcionista me dio un turno sin mirarme a los ojos. Me senté en una silla dura de plástico y esperé a que me llamaran. Solo había un anciano muy callado con los ojos cerrados y una niñita chupando un Bon Bon Bum. No había nada que leer, ni siquiera una mesa de centro; el edificio estaba recién terminado y aún olía a pintura fresca. Todas las paredes eran blancas. Aún no habían puesto parlantes ni televisores gigantes ni máquinas automáticas que nunca funcionan. Solo se oía la recepcionista tecleando y el ruido de las fresas de los consultorios.

Volví a ver a la niñita y me di cuenta de que estaba mordiendo el Bon Bon Bum; había llegado al chicle con centro líquido. Masticaba muy contenta y con la boca abierta: desde donde estaba, podía verle el amasijo de caramelo roto y chicle que le cubría los dientes.

Mordía con fuerza y sonreía mientras arrugaba la envoltura y se la metía en un bolsillo diminuto del pantalón. El sonido me dio escalofríos.

Me llamaron por el apellido y me hicieron entrar en un consultorio muy pequeño. Me atendió una mujer de mediana edad, un poco gorda y vestida de blanco. Llevaba tapabocas y una malla que le cubría la moña del pelo. Me hizo sentar con mucha amabilidad, le entregué el bono y le conté sobre la muela rota. Luego me puso una batita de plástico y empezó a examinarme mientras me hablaba.

—Déjeme decirle que hoy tenemos una promoción especial, tal y como le contaron. Le puedo hacer un blanqueamiento de dientes gratis por el arreglito de la muela. No le cuesta nada y sale más guapo de lo que está —me dijo.

—Prefiero solo lo de la muela —respondí.

—Pero mire que la oferta la tenemos solo hoy por la inauguración de la clínica; después le sale carísimo. Además, por lo que veo, no le vendría mal.

—¿Usted cree?

—Claro, ¿si ve estas manchitas de acá? —me mostró los dientes superiores con el espejo dental—. Es por el cigarrillo, señor. Y se le ha venido desgastando el esmalte. Pero eso se le puede restaurar y limpiar muy bien.

—De acuerdo. Pero empiece con la muela, por favor.

—Tranquilo, le pongo la anestesia y se la saco.

Me inyectó una sustancia fría con una jeringa muy delgada en las encías. Luego empezó a raspar la muela y a revisar la boca con el espejito. La anestesia hizo efecto con rapidez y me tenía mareado, con el cuerpo entumecido y las manos frías. Traté de preguntarle si no se habría excedido con la dosis, pero apenas podía mover los labios.

—No se preocupe. No hable. Relájese y disfrute del procedimiento. No diga nada. ¿O le gusta charlar? ¿Es hablador el señor? Si quiere hablamos, pero me contesta con la cabecita. Así no se aburre.

Asentí.

—Dígame, ¿en qué trabaja? Tiene cara de abogado.

Negué con la cabeza.

—¿Ingeniero? Tiene cara de ingeniero también...

Negué de nuevo.

—Ya sé: administrador de empresas.

Asentí.

—¿Y qué empresas administra el señor? Debe tener su buena plata...

Balbuceé unas palabras y sentí la lengua muy dormida. Era una respuesta para salir del paso. En realidad, trabajaba en una oficina muy pequeña y cumplía las tareas de un contador y una secretaria. Era un todero mejor pago que un conserje en el mejor de los casos.

—Eso está muy bien —continuó ella—. Uno debe tener su platica bien guardada y crear empresa. El futuro del país está en las empresas. Acá donde nos ve este es un emprendimiento que empezó chiquito, chiquito y luego se fue agrandando. Porque cuando uno hace las cosas bien, uno crece y llegan los inversores, ¿no cree?

No dije nada porque nunca he querido crear empresa y el mareo empezaba a empeorar. Sentí que la voz de la mujer me llegaba de lo lejos, como a través de un eco.

—Y por eso es que hay que votar bien —siguió diciendo—, votar para unir al país y que vengan los inversores. Porque si los inversores ven al país dividido, ¿pues qué hacen? Se van. Y si se van, no hay país, ¿no cree?

Volví a balbucear y traté de responderle que más o menos, pero me interrumpió.

—Tiene la muelita de al lado cariada, señor. Me toca sacarle la cordal y ponerle una calza en la otra. En general tiene la boquita desgastada. Con lo guapo que es sumercé y dejarse dañar así los dientes...

Me sentí culpable de comer tantas almendras. Le había fallado a mi odontólogo y me había fallado a mí mismo.

—Volviendo al tema, hay que unir a la gente; si no, se nos desordena todo. El país es como una boquita, y si el paciente tiene los dientes chuecos, pues hay que alineárselos. A mí me gusta pensar que mi Colombia es una paciente desjuiciada con los dientes torcidos y que el presidente es algo así como el odontólogo rector que tiene que enderezarle esas muelas y dejárselas blanquíticas, ¿no cree?

Esta vez no moví la cabeza ni dije nada. Empecé a apretar el asiento de cuerina con las manos.

—Usted, por ejemplo, se nota que ha estado desjuiciado, comiendo mucho dulce y cosas duras. Con lo bonita que tiene esa dentadura y se la deja desgastar así. Mire —me decía mientras me sacaba residuos de las encías—: todo esto es pura comidita que se le ha quedado por no usar bien el hilo dental. Pero me imagino que el señor sí vota bien, ¿no? Si no se ha cuidado la boquita, al menos sumercé quiere ver al país unido, ¿cierto?

Hablé con la lengua muy dormida y dije a medias las palabras que digo cuando no quiero incomodar: que no me interesaba mucho la política y que esperaba que ganara la persona que tuviera mejores intenciones. Se me llenó la boca de saliva con sangre y escupí en el fregadero.

—¿Cómo que no le interesa? —me respondió con rabia.

Traté de decir algo de nuevo para no subir los ánimos, pero era inútil; la boca se me entumeció y las palabras no me salían.

—¿Entonces al señor le da lo mismo que llegue alguien de la izquierda y nos ponga a comer mierda a todos?

—...

—Pues sepa que en esta clínica uno respeta las opiniones, pero no nos gustan los que se hacen los desentendidos y terminan después votando por los enemigos del país. Eso es lo que se llama polarizar.

—...

—Al señor hablador le gusta polarizar. Imagínese. Todo un administrador de empresas. Usted debería preocuparse por tener su platica y hacer crecer su capital. Pero bueno, le voy a hacer el descuento de todos modos porque acá somos muy serios. Yo le ofrecí el descuento y se lo voy a hacer. Además, hoy estamos inaugurando la clínica y estamos felices. Estamos contentos con mi esposo y las niñas. Acá solo hay alegría, señor, ganas de sacar adelante las cosas. Por eso le pusimos El diente contento, porque acá solo hay felicidad. Ahora óigame bien: le voy a quitar la muela, le voy a blanquear los dientes y le voy a enderezar esa sonrisa. Bien bonita le va a quedar otra vez. Estese tranquilo que va a salir de acá con una sonrisa Colgate.

Desperté con el cuerpo pesado, cansado, como si hubiera dormido en el suelo. Estaba sentado en la sala de espera. El anciano y la niña ya no estaban; a ella se le había caído el papelito del Bon Bon Bum en el piso o quizás lo había tirado. Miré la hora en el celular y me di cuenta de que aún veía muy borroso: eran las cuatro y media de la tarde; había pasado al menos cinco horas en el consultorio. Traté de pararme pero las piernas no me respondían. Todo era inútil en

esta condición y me resigné a esperar a que se me pasara un poco el efecto de la anestesia. Quise palpar el hueco que había quedado después de la extracción de la muela, pero noté que había algo raro. No podía sentir la muela cariada en la que me prometieron una calza, ni la muela después de esa, ni los premolares ni los incisivos. Había una carne muy blanda y roja, una carne tierna y jugosa, como de chigüiro, en lugar de mis dientes. Quise gritar pero los labios me volvieron a fallar.

En ese momento, se abrió la puerta de un consultorio y salió la odontóloga que me atendió: estaba salpicada de sangre y despedía a la niñita del Bon Bon Bum y al anciano, que probablemente era el abuelo. La niñita temblaba y gritaba muy fuerte, zapateaba el piso y daba golpes al aire que el abuelo trataba de controlar. Intentaba decir algo, pero no podía articular las palabras y la impotencia la hacía llorar más fuerte.

—¡Mij dientej! —gritó por fin.

En ese momento le vi la boca grande y abierta de nuevo; quedé helado: la niña tenía las encías al rojo vivo, y unas punticas diminutas y muy blancas en lugar de dientes.

—No podrá volver a comer Bon Bon Bum, ni chicles ni carne muy dura —dijo la odontóloga—. Yo le recomiendo una dieta blanda los primeros días y ya después le puede ir dando pollito, papita bien hervida, ensalada. Y bueno, si eso no funciona, le licúa un poquito la comida y listo. Pero mire qué bien le quedó la sonrisita, ¿o no nena?

La niña empezó a zapatear el piso con más fuerza, a saltar y pegarle patadas a la odontóloga. El celador intervino y la sometió de manos y pies.

Yo seguía sentado en la silla y sudaba muy frío. Las piernas todavía no me respondían y aún veía todo borroso, como a través de una niebla que se hacía cada vez más espesa. No paraba de palparme las encías con la lengua en busca de mis dientes; me aterraba renunciar a las cosas dulces. Por fin, después de mucho trabajo, sentí unas punticas diminutas llegando a

los labios. Pensé en los dientes de los chihuahuas —siempre me había parecido que no podían considerarse perros a unos animales con una dentadura tan ridícula como esa—.

En ese momento, se acercó la odontóloga con una mirada muy seria y me habló al oído:

—A usted le limé los dientes un poquito más para que los cuide y no coma cosas tan malas. Se va a portar bien a partir de ahora, señor. Recuerde: los primeros días solo dieta blanda y agua para bajar los bocado. En todo caso, pueda que tenga que limitar las comidas en adelante.

Salí tan pronto pude moverme y fui al apartamento. No había comido nada sólido desde el día anterior y pensé que una tajada de pan estaría bien para empezar. Apenas traté de morderla, me sangraron las encías. Saqué entonces de la nevera un poco de jamón, mostaza y cebolla y me hice un licuado. Me resigné a abandonar las carnes y los dulces: pensé que más valía que siguiera las instrucciones y me acostumbrara a esta nueva dieta blanda antes de volver a control con la odontóloga en tres meses.

El ascensor

Entré al ascensor con un mal presentimiento. Pedro me llevaba con la promesa de encontrarnos con tres rubias preciosas que vivían en el último piso del edificio de enfrente. Me sacó de la mano de mi apartamento, me hizo atravesar la calle en pantuflas, entrar al vestíbulo del edificio, saludar al portero y oprimir el botón del ascensor. Las puertas se abrieron de inmediato: era un modelo viejo y oscuro de los años 70, con el piso alfombrado y botones que apenas se iluminaban. Entramos, se cerraron las puertas y el ascensor empezó a subir con dificultad. Yo estaba nervioso y molesto: no entendía por qué me había dejado arrastrar a un encuentro que no deseaba —pensaba que era vulgar la imagen de unas rubias de labios gruesos y tetas grandes—. Me sentía inseguro, inadecuado, fuera de lugar en la gran cabina gris del ascensor. Pero las cosas siempre eran así: Pedro me proponía disparates y yo terminaba aceptándolos, no por convicción, sino porque nunca supe decirle que no.

Me torturaba pensando en esto cuando el ascensor paró en seco. Miré el tablero de bombillas sobre la puerta: quedamos atrapados entre el cuarto y el quinto piso. Pedro se asustó. Traté de calmarlo y oprimí el botón de emergencia sin ningún resultado. Saqué el celular e intenté llamar a la policía y a los bomberos, pero me contestaron de una tienda de mascotas ambas veces. El ascensor no se movía y las luces empezaron a titilar; yo trataba de encontrar un patrón en esa repetición para distraerme, jugaba a sumar los números de los pisos y le limpiaba los orificios a un intercomunicador roto con un esfero.

Me senté contra una esquina y propuse que esperáramos calmadamente a que alguien nos rescatara, pero Pedro se molestó y dijo que eso era inaceptable, que el encuentro con las tres rubias era imperativo e impostergable, que solo yo podía pensar en esperar en un

momento como este. Comenzó a caminar de un lado a otro, a sacudir las manos y los pies y a hacer flexiones de pecho cuando, de repente, sentí un ligero temblor. Nos quedamos en silencio y en seguida oímos un chirrido que me puso la piel de gallina, como si alguien rasgara un sofá de cuero. Nos dimos cuenta de que la cabina había empezado a inclinarse hacia un lado. Lo que me había parecido el viejo piso alfombrado del ascensor no era más que un módulo prefabricado asegurado con tornillos muy delgados que empezaban a zafarse. Pronto los módulos laterales empezaron a ceder también. Me sentí dentro del cubículo de una oficina que pierde sus partes por un capricho del azar. El piso se estaba abriendo por completo con rapidez y dejaba ver una escena confusa: debajo de la cabina había otra cabina idéntica que también estaba colapsando. Y debajo de esa, otra más. Había un bucle infinito de ascensores que colapsaban a la vez.

Pedro dijo que teníamos que salir de inmediato, saltar al vacío y tratar de llegar al primer piso antes de que la estructura colapsara por completo. Le dije que era un insensato; que aun cuando consiguiéramos salir, la cabina podría venirse abajo y aplastarnos. Me dijo idiota y empezó a saltar sobre el piso hasta que cayó al vacío y se oyó un ruido crujiente, como el de alguien mordiendo un hojaldre. El módulo se desprendió casi por completo. Logré sujetarme de las barandas de la cabina y poner los pies contra los remaches de las paredes. Ahora estaba solo. Fue entonces cuando vi una ranura para depositar monedas. No la había visto hasta ahora. Recordé que había dejado mi monedero en la cocina, pero revisé mis bolsillos y encontré una moneda de 500, la metí y el piso se abrió por completo.

Caí sobre un lecho pegajoso. Me unté todo de una sustancia viscosa. Estaba completamente a oscuras. Traté de moverme y un reflector me apuntó directo a la cara. Me puse de pie, me limpié con las manos y me di cuenta de la extraña situación en que me encontraba: había caído sobre una milhoja gigante. La sustancia viscosa no era más que una

gruesa capa de arequipe. Miré alrededor y pude ver cómo mi caída había dañado considerablemente la delicada estructura de la milhoja: varias capas de hojaldre se habían fracturado, dejando inmensas boronas en un costado, mientras que la crema pastelera se derramaba, haciendo que algunas zonas se hundieran lentamente.

Varios hombres acordonaron la zona. Un camión de bomberos apareció y roció con espuma blanca la partes en que se había fracturado la milhoja. En seguida, vino un hombrecillo regordete con visera montado en un carrito de golf y con un megáfono en la mano. Movié los brazos diminutos muy molesto y gritó “¡Corte!”. Se encendieron varias luces y se iluminó todo a mi alrededor. Me di cuenta de que estaba en una sala de grabación. Pronto vinieron las tres rubias despampanantes que íbamos a conocer con Pedro a rescatarme de la milhoja gigante. Me condujeron por un pasillo hacia los camerinos y en el camino vi todo el set de producción: había un equipo de pasteleros horneando capas enormes de hojaldre que dejaban reposar sobre andamios gigantes para reparar la milhoja. También había un hombre muy bajito encargado de ayudar a los camarógrafos y microfonistas a cubrir los equipos con bolsas de plástico para que no se dañaran con los vapores de los hornos. Pero lo que más me sorprendió fue ver cómo preparaban el arequipe: en tres ollas gigantescas, varios cocineros vertían azúcar, leche y enormes vainas de vainilla; luego, revolvían la mezcla con cucharas de palo de dos metros. Cuando estaba listo, lo vertían en totumas descomunales y lo dejaban enfriar un poco. Estaba extrañado, hastiado por el olor de tantas cosas dulces.

Tan pronto llegamos a los camerinos, las tres rubias me quitaron un micrófono de solapa —no sabía que lo llevaba puesto— y me desmaquillaron. A través de la ventana, vi a Pedro hablando con el director, sugiriendo encuadres con las manos y señalando de muy mala gana la barra de ensaladas. Luego entró al camerino muy enfadado, se quejó del caviar y me dijo que repetiríamos la escena desde el comienzo.

—¿Qué está pasando? —le dije.

—El piso se abrió antes de tiempo. Las modelos no tuvieron tiempo de subirse a los trapecios para salvarnos de caer a la milhoja y llevarnos a la torre de papel. Hay que hacer todo de nuevo.

—No entiendo nada —insistí.

—Los técnicos están poniendo tornillos más gruesos en los entrepaños del ascensor y el equipo de cocina está arreglando la milhoja; la idea es que todos podamos comer una porción más tarde y te cantemos el feliz cumpleaños. Nos vemos en el set en cinco minutos.

Pedro salió, volvió a pedirle caviar a un pastelero y me dejó a solas con las rubias. Estaba desconcertado. No sabía que fuera mi cumpleaños ni en qué momento acepté rodar una película. Dejé de ver por la ventana y las vi por primera vez a los ojos. Eran realmente hermosas: llevaban gabardinas muy grandes y medias de malla. Una de ellas tenía un bolso de leopardo; sentí la necesidad de besarla, de cumplir con un designio. Me acerqué, la tomé del cuello y le di un beso corto. Luego la miré y vi que algo era diferente. Parecía como si las cejas hubieran cambiado de lugar y los pómulos fueran más gruesos. Volví a besarla y ella me agarró el culo. Se sintió muy bien y le dije que lo apretara más duro, que hiciera lo que le viniera en gana con mis nalgas. La miré de nuevo y vi que su cara ya no era su cara. Todos sus rasgos se habían difuminado y dejaban ver nuevas formas y bultos que nunca pensé que estuvieran allí. Supe en ese momento que era un hombre. El descubrimiento no me molestó; al contrario, seguí besándolo. Lo tomé de las manos, le mordí el cuello y le desabroché el pantalón. Sentí que las otras rubias me miraban así que me volví para verlas; ellas también se habían transformado en dos hombres. Eran hermosos y sus rasgos también se veían difuminados, borrosos, como si estuviera mirando una pintura hecha con pasteles.

Me sentí a gusto, en paz, como si recién me hubiera despertado de un sueño muy agradable y la vida me sonriera en la mañana. Pensé en pan tostado, en café muy negro, en una finca con vacas felices. Seguí besando al hombre del bolso de leopardo y empecé a desnudarme. Me tendí sobre un sofá y él me quitó el pantalón y me besó las piernas. La bombilla del camerino me alumbraba la cara y me enceguecía: solo podía distinguir la silueta del hombre, los movimientos de sus brazos y sus piernas. A partir de ese momento no dije nada. Él se anticipaba a todo lo que yo deseaba: me besaba el culo muy lento, me sobaba la verga, me mordía los muslos. No podía ver más que la luz de la bombilla y manchas borrosas, pero sabía que me miraba con complicidad, que podía leerme. Cerré los ojos y oí con claridad cómo me susurraba todo lo que me estaba haciendo, todo lo que vendría. Supe que no me lo estaba diciendo al oído, que entre nosotros se había desatado una extraña telepatía. Nos comunicábamos a través del pensamiento: podía ver en la mente como las palabras se volvían filamentos muy finos de energía que vibraban en todo mi cuerpo. Me tendió bocabajo y me metió la verga. Todo mi cuerpo temblaba y me pareció que el camerino también empezaba a moverse: oía ruidos de vasos chocando entre sí, el chirrido de las ruedas de las sillas.

En ese momento sonó la alarma: una voz muy grave ordenó evacuar el edificio ante el riesgo inminente de colapso de la estructura. Se oían voces muy agitadas, gritos lejanos, gente que tropezaba con las cosas. Pedro empezó a golpear la puerta del camerino: dijo que teníamos que salir cuanto antes, que debíamos abandonar la madre de todas las milhojas antes de que colapsara y quedáramos sepultados bajo media tonelada de arequipe y crema pastelera. El hombre del bolso de leopardo seguía penetrándome muy lento y profundo, y yo no tenía el menor interés de abrir la puerta. Los gritos de Pedro se perdieron entre el estruendo que llegaba de afuera. Pronto, todo el ruido se ahogó, como si lo hubieran envuelto con una manta o con crema pastelera; solo se oía un pitido muy leve, una señal de que el mundo seguía en

pie. El hombre del bolso me penetraba ahora más rápido y yo estaba a punto de venirme cuando se me ocurrió que, en realidad, era un hombre leopardo, que podía transformarse en leopardo, devenir en leopardo. En ese momento sentí unas uñas muy fuertes clavadas en la espalda y dejé de oír el pitido. Tenía las piernas muy mojadas, el culo palpitando. Supe que la estructura había colapsado, que seguramente había heridos sepultados bajo varias capas de hojaldre recién horneado.

Recuperé la vista y vi vidrios rotos y materas tiradas en el piso del camerino. Los hombres habían desaparecido; solo había quedado el bolso de leopardo de mi amante. Me enjuagué la cara en el lavamanos y me vestí. Vi a Pedro de rodillas a través de la ventana: estaba llorando porque no se había podido salvar nada de la barra de ensaladas. Todo estaba perdido: había pedazos de hojaldre echando chispas, arequipe sobre las luces y micrófonos, un incendio en los hornos 11 y 33. Me senté en el sofá y esperé a que alguien viniera a rescatarme. No tenía sentido buscar culpables ni entrar en pánico. Me serví agua en un vaso roto. Miré de nuevo por la ventana y lo vi: estaba revoloteando sobre los escombros y olfateando el piso. Era un leopardo de dos metros de alto con un pelaje muy fino y patas gruesas. Se veía imponente pero tranquilo. Me sentí atado a él, conectado por un vínculo que empezaba a desvanecerse, a volverse borroso. Lo miré a los ojos por unos segundos y luego se perdió entre los escombros.

El anillo de bodas

La fila del supermercado les daba la vuelta a los pasillos: empezaba en las cajas seis y once, que eran las únicas disponibles, se volvía una sola en la sección de frutas y verduras, pasaba por la salsamentaria, rodeaba la estación de hojaldres de la abuela, y terminaba en el cajero automático junto a la salida de emergencia. Toda mi familia estaba conmigo: comprábamos papas fritas y gaseosas para ver *La Pasión de Cristo* y no pagar la comida del cine, pues éramos 25 personas y solo teníamos plata para las boletas. Era un gran acontecimiento. La familia no se reunía desde hacía más de veinte años, en el asado del 2001, cuando vimos por última vez al primo Ignacio. En ese intervalo también habían muerto mi abuela, dos tíos, una prima y tres canarios.

Mi tío Santiago y su esposa Lucy habían venido para ver la película; también mi tío Alfonso, que había enviudado hace poco, y mi tío Juan, que se había puesto unos implantes de cabello para disimular la calvicie. Estaba, además, mi tía Miriam, que trajo sus dos perros salchicha. Nos habíamos dividido por grupos en varios puntos de la fila para llegar más rápido a las cajas. Yo estaba con mi hermana, mi tío Santiago y dos primos.

Llevábamos más de media hora esperando a que avanzara la fila y, para matar el tiempo, mi tío sugirió que hiciéramos una rifa. Ofreció su anillo de bodas como premio mayor y todos lo miramos emocionados. Era un bonito anillo de oro con una esmeralda tallada en forma de lágrima; toda la familia lo había admirado en la boda.

Me entusiasmé y deseé tener ese raro legado familiar. Me gusta ganarme las rifas y soy bueno para eso: suelo tener suerte con el número siete y casi siempre adivino los acertijos. Intuí que esta no sería la excepción. Escribimos números del uno al doce en trozos de papel, los metimos en una bolsa, la agitamos y sacamos papeles al azar. Mi tío puso cara de

pensativo por unos segundos y luego anunció con voz grave de locutor que tenía el número ganador.

Lucy, la esposa, oía todo cuatro puestos atrás y lo miraba con desprecio; mi tío nunca se había atrevido a tanto. Un momento después empezó la rifa. La primera en participar fue mi prima Alexandra, que probó suerte con el número cinco. Después siguió mi hermana con un nueve, luego yo con un siete que falló, y por último el primo Alex con un doce. Repetimos la ronda seis veces más y no adivinamos, hasta que mi tío se vio forzado a confesar que se había distraído viendo los perros salchicha de mi tía Miriam y había olvidado el número por completo. Propuso que empezáramos de nuevo, esta vez con acertijos de animales, pero Alex se negó:

—Por legítimo derecho, la alianza me pertenece —dijo.

Había recordado una deuda ridícula de al menos hace 10 años que, según él, lo hacía poseedor del anillo, pues nunca había sido condonada. Resulta que mi tío le había quedado debiendo la plata de tres tamales y dos porciones de ensalada rusa para la celebración de una Navidad cuando estaban en la caja de un supermercado hace años. Lo decía con toda la seriedad del caso y la gente nos miraba incómoda. Entretanto, mi hermana se había empezado a comer las uñas y la prima Alexandra dijo, preocupada, que tendríamos que ir a la función nocturna si la fila seguía sin avanzar.

Salí a tomar aire mientras se resolvía la disputa por el anillo. Me di cuenta de que la mujer de la caja seis se había tomado un descanso para fumar y que el muchacho de la once estaba averiguando el precio de unas feijoas con alguien que parecía el supervisor. El sol no se había puesto aún, pero empezaba a hacer frío. Desde la entrada del supermercado oí cómo mi tío Alfonso se metía en la discusión: decía que si alguien tenía el derecho de llevarse el anillo de bodas era él, pues le había presentado a mi tío personalmente el joyero que forjó la alianza,

y sentenció que, de no ser por él, la boda ni siquiera se habría realizado. En este punto, Lucy perdió la paciencia, abrió un paquete de Tostacos que tenía en las manos y se lo tiró a todos encima. Mi padre, que oyó la pelea desde el final de la cola, caminó hacia ella, la sujetó del brazo y le pidió que se calmara. Ella lo abofeteó dos veces y le pisó el pie derecho, donde tiene una uña encarnada desde los quince años.

Caminé hacia la parte trasera del supermercado, prendí un cigarrillo y fue entonces cuando lo vi. El primo Ignacio estaba irreconocible. Había envejecido mucho; estaba flaco y descuidado. Sin embargo, su cara irradiaba un aire seráfico y una paz interior que temí perturbar. Tenía el pelo largo y llevaba una túnica blanca. Le ofrecí un cigarrillo que rechazó con modestia y nos sentamos a hablar en unas bancas. Me preguntó qué pasaba y le conté sobre la disputa que acababa de formarse por la rifa del anillo del bodas. Le dije, preocupado, que no llegaríamos a tiempo a ver *La pasión de Cristo*.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? —le pregunté.

—En el supermercado, comprando unas feijoas.

—¿Cómo? ¿Tantos años?

—Temí que la señora que llevaba dos perros salchicha se colara.

—¿A qué has venido?

—A ver el sorteo del anillo.

—¿Has visto el alegato del primo Alex? Es vergonzoso todo esto...

—Los canarios se han muerto y no tengo donde enterrarlos.

—¿Has leído la correspondencia que te he enviado?

—Prefiero las pelucas a los implantes para la calvicie; son una locura.

—También me parecen una exageración, ¿pero has visto cómo se ha vuelto a poner de moda la barba candado? Es una ridiculez.

—Ayer le pedí al guardia del reformatorio unas albóndigas y estaban duras.

—¿Reformatorio? ¿En qué lío te metiste?

—Olvidé bajar la tapa del inodoro.

Apagué el cigarrillo y me enrollé una bufanda alrededor del cuello. Caminamos hacia la entrada del supermercado de nuevo y vimos cómo la disputa había subido de tono: la gente corría asustada y los guardias de seguridad trataban de separar a mi familia. La prima Mireya le escupió a uno de ellos mientras el primo Alexander se le echó encima a mi tío Santiago y empezó a morderle el dedo hasta que le quitó el anillo con la boca. Trató de huir pero mi padre le lanzó un zapato —acababa de quitárselo junto con la media para aliviar la presión del dedo gordo— y lo hizo caer al piso. Todos lo rodearon y trataron de quitarle el anillo, hasta que mi hermana se dio cuenta de que se había atragantado.

—¡Sópleno! ¡Úntenle alcohol en la frente! —gritaba.

Mi tío Alfonso lo puso de medio lado y empezó a darle palmadas en la espalda, pero el primo Alex seguía sin respirar y empezaba a ponerse morado. El cajero de la caja once trató de ponerlo de pie para hacerle la maniobra de Heimlich, pero no funcionaba. En ese momento, el primo Ignacio intervino y le ordenó que lo soltara. Luego, tomó a Alex del cuello y le dio un golpe seco en la espalda: pude ver cómo el anillo pasó a través de la tráquea, magulló la nuez de Adán y cayó en el piso; estaba lleno de babas. Para entonces, estábamos atrasados media hora: nos habíamos perdido la oración de Jesús en el huerto de Getsemaní y no llegaríamos a ver a Poncio Pilatos lavándose las manos ni a Monica Bellucci en el papel de María Magdalena.

Una ambulancia se llevó al primo Alex a la clínica Distrital para asegurarse de que no se hubiera lastimado las cuerdas vocales y para que le trataran la magulladura en la nuez de Adán. Mi tío Santiago enjuagó el anillo avergonzado y se lo puso de nuevo. Se dio cuenta de que la esmeralda tallada en forma de lágrima se había desprendido y nos dimos a la tarea de

buscarla. No la encontramos en ninguna parte y concluimos que tendríamos que esperar a que Alex cagara y que la joya no se hubiera estropeado bastante.

En medio de la conmoción, casi nadie se había percatado del repentino regreso del primo Ignacio, de su aire seráfico, de sus ropas desaliñadas; nadie había preguntado por qué había venido a ver el sorteo del anillo ni que le había pasado en más de 20 años. Todos seguían preocupados por la esmeralda tallada en forma de lágrima, ideando laxantes para recuperar la joya cuanto antes o acusando a los guardias de seguridad de haberla robado mientras nadie veía. El primo Ignacio tomó las bolsas del supermercado llenas de papas fritas, hojaldres y chocolatinas, caminó hacia el parqueadero, cruzó la calle y tomó un bus. No vimos ninguna película y mi hermana dijo que sería mejor regresar a casa.

El león y el órgano

Recuerdo que bajé las escaleras de la casa en la que crecí: el papel colgadura de las paredes estaba roto y la alfombra de los escalones había empezado a rasgarse en las esquinas —a veces me gustaba enroscarme los hilos en las manos y observar las hormigas que habitaban allí—. La luz era fría y gris hasta que llegué al primer piso y caminé hacia el umbral de la sala. De repente todo se iluminó: el sol me cegaba, traspasaba los velos que cubrían las ventanas. Había polvo flotando en el aire, detritos de fibras domésticas, un olor a cera de piso recién pulida. En una esquina, junto a los pedales del órgano de mi padre, vi a un león tendido. Era grande y tenía la melena espesa. Mecía la cola tranquilo de un lado al otro y me miraba seguro de su tamaño, de su superioridad. Pensé en las cortinillas del Canal A: música dramática, fotogramas a dos tintas de leones rugiendo en el fondo, un león que corría hacia la pantalla en primer plano mientras la melena empezaba a arder.

De repente se empezaron a mover las teclas y los pedales del órgano. Al comienzo no oía nada; era como si la música tuviera problemas para salir de la boca del órgano, como si algo en el mecanismo interno del aparato estuviera roto. Después de un momento empecé a oír unos bajos uniformes, un sonido áspero de iglesia que se me hacía familiar. Era *El Danubio azul*. Sonaba desafinado, oxidado en el viejo órgano eléctrico de mi padre, pero poco a poco empecé a disfrutarlo, a tararearlo en la mente: un, dos, tres; un, dos, tres; un, dos, tres... El león seguía tendido en el suelo y ahora movía la cola al compás de la música.

Siempre había odiado *El Danubio azul*: pensaba que era música de primera comunión, pero en ese momento me sentía muy a gusto, con el cuerpo liviano. Fue entonces cuando quise ser león, habitar el cuerpo del león, meterme adentro suyo, adentro del órgano. Empecé a caminar hacia él: sabía que iba a comerme, que no podía devenir en león, que en realidad le

temía, pero no podía parar. La luz que pasaba a través de las cortinas y el fuego que irradiaba la melena —en algún momento había empezado a arder la melena— brillaban cada vez más.

Después, oí el ruido de un cofre que se cierra, olí madera mojada. Oscuridad total. Sentí que el león me clavaba los dientes en la piel, que yo era una figurita de plástico que giraba dentro de una caja de música gigante llena de sombras. Grité y no pude oír mi voz. Me tragué los gritos y sentí que tenía el estómago lleno de chicles. La música me devoraba, degeneraba en una marcha militar, se volvía una sustancia viscosa que no me dejaba mover. La sustancia era una silueta, un hombre que me había aprisionado. Forcejeé y traté de levantarme, pero me sujetaba de las manos y los pies, del ombligo, del centro del pecho. El hombre sacó una navaja suiza y empezó a cortarme las uñas. Sentí las cutículas en carne viva; me sabía desnudo, vulnerable. Luego, oí el golpe de un tambor y la música se detuvo, la silueta se disolvió en la negrura de la caja. Oí el canto de unos pájaros, el viento soplando a través de los árboles. Alguien destapaba una botella a lo lejos y la servía en un vaso. Recordé el comercial de Bretaña antes del noticiero del medio día: hojas de hierbabuena maceradas al fondo de un vaso, rodajas de limón, cubos de hielo, gente que brinda y sonríe en medio de una finca muy grande.

Me puse de pie y caminé hacia un pasillo cubierto de cortinas negras. A mitad de camino, abrí una puerta y entré a la sala de una casa campestre. Toda mi familia estaba sentada a la mesa almorzando arroz con pollo. Los muebles eran rústicos y había ruidos de grillitos. Saludé a todos de beso, pero antes de que pudiera servirme el almuerzo me di cuenta de que estaba desnudo. A nadie le importaba: de hecho, mis tíos lo celebraron y me invitaron a tomar Bretaña. Tan pronto me senté, mi padre se levantó, fue hacia la sala, puso el noticiero y empezó a zapatear. El presentador anunció la subida del precio de la carne, la bajada del precio de los rábanos y la compra de armamento de segunda para el ejército. Mi padre aún

tenía la mirada fija en la pantalla y seguía dando golpecitos con el zapato en el suelo, como llevando el ritmo de una canción. Luego, abrió un estuche de cuero que llevaba en el cinturón y sacó una navaja suiza plateada; empezó a hacerse una manicura mientras miraba la tele. Fue muy metódico, casi enfermizo: se limó las uñas hasta que el borde de la piel quedó expuesto, rojo, sin ningún rastro de mugre.

Terminé mi plato luego de que el presentador anunciara la subida del precio del vinagre y pasara a la sección gourmet, en la que iba a enseñar cómo preparar una ensalada. Me despedí de todos y subí al segundo piso de la casa. Vi hileras de hormigas en el camino, una ventana que daba al Mazda 323 de la familia, árboles de mango con pecas negras. Fui hacia el baño privado de la alcoba matrimonial y me vi frente a un espejo. Detuve la mirada en cada parte de mi cuerpo. Sentí un placer culposo, un dejo de vergüenza que no me detuvo de la contemplación. Pensé que solo hasta ahora me estaba viendo por primera vez.

Me mojé la cara en el lavamanos y me sequé con una toalla blanca. Abrí una gaveta frente a mí y saqué una cajita de música. La abrí y una bailarina de plástico empezó a girar. Sonaba otra vez *El Danubio azul*; el sonido era encantador desde la primera tonada, no como el órgano metálico de mi padre. La muñeca de plástico tenía la cara mal pintada: los ojos se veían demasiado grandes y la boca parecía una sonrisa forzada. Se veía como una mujer en miniatura que hubiera tenido una decepción amorosa hace poco. Removí una tapa debajo de la bailarina y encontré un pequeño compartimiento; adentro estaban mis uñas. Las tomé y las puse sobre los dedos. Tan pronto rozaron la piel se adhirieron a la cutícula. Fue un procedimiento limpio, sin sangre, sin dolor. Estaban pulidas, brillantes, sin cortes bruscos ni imperfecciones. Se veían mejor que nunca. Miré mis manos satisfecho. En el espejo un niño me sonreía.

Teléfono roto

Llegué al centro a las dos de la tarde y la Séptima estaba a reventar. Había vendedores en ambos andenes de la calle y solo se podía caminar por una fila muy estrecha. Yo había venido a comprar una bolsita de marihuana —la había tirado el día anterior en el inodoro de nuevo—, pero no veía ningún *dealer*. Todos los fines de semana repetía la misma historia: me fumaba casi una bolsa entera el sábado y botaba lo que sobraba al inodoro —me prometía siempre que sería el último día que iba a fumar—; el domingo siguiente me levantaba deshecho, con el ánimo por el piso, y a la una de la tarde cogía un bus al centro antes de que los *dealers* se fueran.

La tarde estaba soleada y yo me sentía exhausto: venía caminando desde la 26 y todavía no llegaba al Eje Ambiental. La fila se empezó a hacer lenta y a llenar cada vez más de gente. Por fin logré desviar por una callecita rota y llegué al Hotel Continental. Seguí subiendo y vi al paisa comiéndose un helado en una esquina antes de llegar a Aguas. Me guiñó el ojo, lo saludé muy contento y le pedí un dulce de cinco mil.

—Hágale, niño —me dijo.

Cogí una menta Chao del puesto de dulces para disimular y luego metí la mano en el cajón donde escondía las bolsitas de cripi, pero no había nada.

—Paisa, no hay.

—¿Cómo así, niño? —me dijo mientras esculcaba el cajón con una mano y sostenía el cono del helado con la otra.

No tardó en darse cuenta de que se le había acabado lo del día y se disculpó.

—Uy, niño, qué pena. Si quiere pásese donde la Jenny que ella tiene una bareta bien buena; le dice que va de parte mía para que no le dé duro en la cabeza. 19 con Octava al lado

del Spring Step. Morena con un lunar acá —se señaló la quijada—; tiene un quiosco de esos de la Alcaldía. Dígale que una recarga y listo.

Habría preferido comprarles a los otros jíbaros del Eje Ambiental, pero no quise enemistarme con el paisa. Me comí la menta Chao, le dije que gracias y fui caminando hacia la 19. El sol no bajaba y no había traído agua para tener las manos libres. Solo tenía diez mil pesos y lo de los buses. Chupé la menta muy despacio para que se me aguara la boca y calmar la sed. Sentía muchas ganas de fumar y no había guardado ni un cogollo. Los domingos como esos eran los peores: entre semana nunca tiraba nada a la basura; tenía claro que iba a drogarme de lunes a sábado, pero a veces me entraba mala conciencia los domingos y me decía que tenía que hacer algo, que se me olvidaba siempre donde ponía las llaves, que gastaba mucha plata y estaba flaco, que estaba empezando a olvidar clases y cosas importantes.

Llegué a la esquina de la 19, al lado del Spring Step, y vi que el quiosco estaba cerrado. La calle y todos los bares estaban vacíos, con las persianas de metal abajo. Decidí probar suerte en el Park Way y los parques cercanos; salí de ahí y cogí un bus en la Séptima hacia el norte. Me bajé en la 45 y empecé a caminar hacia abajo. Siempre pensé que mi rutina para buscar marihuana era bastante deficiente, sobre todo tratándose de una droga normalizada en muchos círculos: tendría que haber empezado a buscar en el Park Way y, si no encontraba nada, coger un bus al centro como último recurso en lugar de caminar sin agua y sin plata en el Eje Ambiental para después devolverme. Pero yo pensaba con los pulmones esos días —me gustaba decirle eso a Sergio solo para hacer drama; él me contestaba, para azararme, que me había montado en la patineta del diablo y que de esa no me bajaba fácil—.

Llegué al Park Way y estaba casi desierto. Solo había una muchacha haciendo acrobacias con telas en un urapán, una mujer vestida de princesa maquillando a tres pugs con corbatines, y un hombre con gabardina y un gorrito de lana leyendo en una tablet. Estaba

desesperado y me dije que no tenía nada que perder, así que le pregunté a la mujer de los pugs si, por casualidad, ella no tenía un poquito de cripi a la mano.

—Acabo de fumarme lo último, pero en el Guernica hay un parche grande de gente pegándolo —me dijo con un hablado de niña malcriada—.

Le di las gracias y la dejé con sus perros. Me dolían las rodillas y estaba seguro de que ya tenía quemaduras solares. Antes de ir al Guernica, paré en una tienda y compré una botella de agua a regañadientes. Me senté contra un árbol y me la bebí despacio. Deseé que Sergio no estuviera fuera de Bogotá en ese momento —muchas veces lo llamaba cuando no encontraba nada y terminábamos pasando la tarde juntos—. Pensé en los inconvenientes ridículos por los que tenía que pasar para comprar unos gramos de marihuana cuando fácilmente podría dedicarme al autocultivo o tener jíbaros a domicilio —también borraba los números en el celular para no tener la tentación de llamarlos—.

Por fin el cielo se nubló un poco y empezó a ventear. Seguía haciendo sol, pero el clima estaba más fresco y, por primera vez en el día, dejé de sentir rabia. Ya eran las cuatro de la tarde y me preocupaba que lloviera o se hiciera muy tarde, pero decidí quedarme un rato y cerrar los ojos solo para descansar. Cuando desperté, la mujer de los pugs me estaba viendo fijamente a los ojos y se aseguraba de que respirara bien.

—Empezó a llover y no te despertabas, entonces nos asustamos con los niños —dijo mostrándome a los pugs.

Uno de ellos se había encariñado con mi zapato mientras los otros dos me veían con una mirada de súplica y tenían dificultad para respirar: la mujer les había puesto pestañas postizas, rubor y colorete. Sufrían.

—Ya nos tenemos que ir, ¿seguro que estás bien? —preguntó ella.

Le dije que sí y le agradecí la ayuda. Se despidió y se fue caminando con los perros entre la lluvia. Me levanté con las espaldas mojadas, las piernas dormidas. Traté de buscar un árbol más tupido para escampar un rato cuando me di cuenta de que todos los edificios alrededor habían desaparecido; solo se veía el camino de ladrillo del Park Way y un cielo negro. El suelo se había llenado de arena de repente y sentí un olor muy fuerte a sal. Caminé unos pasos hacia el norte y vi el mar a lo lejos. Era azul y se veía tranquilo, casi inmóvil. Me sentí desolado: no había podido comprar ni siquiera una bolsita de mala calidad. Era un fracaso no poder encontrar marihuana en una ciudad como Bogotá. Y, además, tenía la sensación de que la mujer de los pugs me había mentido y no había querido compartir conmigo y mucho menos venderme.

Llegué a la orilla de la playa y me quedé viendo el mar. Me pareció que estaba muy callado, casi en completo silencio, algo muy raro tomando en cuenta el clima de la tarde. Me volví para ver el camino que había andado, pero ya no estaba: en su lugar había un desierto y una cabina telefónica muy vieja. Entré y vi un directorio telefónico pequeño atado a una cadenita; los vidrios estaban rayados y llenos de polvo. Tomé el teléfono y deposité una moneda. Sentí la urgencia de hacer una llamada que había estado evitando. Marqué un número y esperé una respuesta del otro lado de la línea, quizás alguien que me dijera quién era o qué hacía en ese lugar. Volví a intentar y marqué el mismo número, pero nadie contestó. Me di cuenta de que no sabía a quién llamaba, que no sabía lo que hacía. Me sentí abandonado, a la deriva.

Oprimí un botón y traté de recuperar la moneda que había depositado, pero, en su lugar, salieron todas las monedas que había dentro del teléfono. Me sentí rico por un momento, aliviado de que mi excursión hubiera tenido un sentido, pero tan pronto vi las monedas de cerca, me di cuenta de que eran falsas. Estaban mal acuñadas y tenían los números

y las letras al revés. Algunas ni siquiera tenían denominación y estaban arruinadas por el salitre. También encontré fichas para usar en las máquinas de arcade y chicles masticados. Tomé un montón con las manos y vi cómo todo se volvía arena y sal. Me vi atrapado en la cabina con un montón de polvo entre las manos y me quedé viendo cómo se lo llevaba el viento.

El lunar

Lo primero que eché de menos fue el lunar que tenía en la barbilla. Me afeité una mañana y, cuando me enjuagué la cara, ya no estaba. Pensé que lo había cortado por accidente. Pensé en cuántos lunares había cortado por accidente mientras me afeitaba. Durante el resto del día me sentí ajeno, distraído, como si hubiera perdido toda la vitalidad. Compré vitaminas por si acaso, cogí el bus y llegué a la fábrica a empezar mi turno de la mañana. Fui hacia la línea de ensamblaje de juguetes y noté que todos me miraban extrañados y comentaban en voz baja que algo me pasaba. María me miró con horror y evitó saludarme de beso en la mejilla; era como si no hubiéramos salido a comer y a pasar la noche la semana pasada. Miguel ni siquiera me vio a los ojos y derramó café en el piso por intentar esquivarme.

La mañana siguiente me alarmé aún más. Mientras tomaba una ducha, noté que mi tetilla derecha había desaparecido por completo. No había nada en su lugar, ninguna marca ni ningún signo de violencia. Me afligí mucho, pues era mi tetilla favorita. Me paré desnudo frente al espejo del baño y me aseguré de que nada más hubiera desaparecido. Inspeccioné las uñas de los pies, el ombligo, los lóbulos de las orejas. Casi todo seguía en su lugar, a excepción de la magnífica tetilla que había perdido.

Pedí una cita médica por teléfono para que un doctor me viera cuanto antes y después fui a trabajar. En el camino compré una almojábana y un café con leche en Pan Cometa. La mujer que me entregó el pedido se rio entre dientes y le pareció oportuno escribirme un cumplido y un insulto en el vaso: “Hoy te ves completo y con todo en su lugar”. Cuando llegué a la fábrica, el vigilante me hizo pasar tres veces por el detector de metales, pues afirmó que había algo sospechoso en mí. No me dejó entrar con la almojábana y me obligó a tirarla en

la basura del vestíbulo. Fui a los casilleros, me puse mi overol y mis botas de caucho amarillas, y caminé hacia mi puesto en la línea de ensamblaje.

Pasé de estar alarmado a sentir pánico cuando noté que había perdido las diecisiete pestañas de mi ojo derecho mientras le ponía las orejas y las patas a un muñeco del Señor Cara de Papa —las demás piezas se ensamblan en una fábrica hermana en Vietnam—. En una rápida comprobación con la cámara frontal del celular me di cuenta de que tenía los párpados completamente desnudos. Puse las pestañas en una servilleta y fui al baño. En el camino, fingí que me estaba rascando el ojo para no llamar la atención, pero ya era demasiado tarde: todos me miraban, en especial María, que empezó a llorar y salió corriendo hacia la cafetería; mi jefe sacudió levemente la cabeza hacia los lados en señal de pena.

Salí de la oficina a medio día para ir a la cita médica. En la sala de espera tomé una revista para cubrirme la cara. Había un artículo con siete fórmulas naturales para remediar la calvicie y, en la siguiente página, una promoción de un juguete del Señor Cara de Papa, el mismo que acababa de ensamblar en la fábrica. Era la edición de lujo coleccionable: medía quince centímetros e incluía veinte piezas, entre esas el bigote con escarcha y las gafas bifocales para leer —tenían aumento de verdad—.

Cuando el doctor me hizo seguir a consulta, le conté que estaba perdiendo varias partes del cuerpo, igual que el Señor Cara de Papa en una de sus aventuras. No me quiso celebrar el chiste y me pidió que me quitara la camisa de mala gana. Me auscultó el pecho, me revisó los oídos, los ojos, la boca. Me preguntó si fumaba, si había estado bajo mucho estrés recientemente. Dije que sí a ambas. Me interrogó sobre mis hábitos alimenticios y mi vida sexual. Respondí que a veces, en las mañanas, me comía una almojábana y un café con leche. Me miró preocupado, con un genuino gesto de desaprobación, y empezó a escribir en el

computador. Me formuló jarabe para la tos y crema humectante para la piel, a pesar de que no había dicho nada sobre ningún dolor de garganta.

—Probablemente se le cayó la tetilla haciendo ejercicio. Conocí una mujer que se arrancó un pezón abriendo una lata de atún —dijo el médico.

Yo no hacía ejercicio ni comía atún, pero asentí con resignación y salí del consultorio a reclamar los medicamentos. Pedí el resto del día en la fábrica y volví en la tarde a casa. Evité pasar por el Café Cometa, y compré pasta y salsa napolitana congelada en el supermercado para cenar. También llevé dos latas de atún por si acaso. Apenas llegué puse a hervir la pasta y a calentar la salsa en el microondas; mientras estaban listos, me apliqué la crema humectante en el pecho y me tomé el jarabe para la tos. No me había quitado la camisa del todo cuando comprobé con horror que la tetilla izquierda había desaparecido de mi pecho y que no tenía ombligo. Me puse pálido: una cosa era perder un par de pestañas y un lunar; incluso el asunto de las tetillas podía soportarlo, pero lo del ombligo era demasiado. Llamé a María por teléfono y le conté lo que pasaba.

—Lo sé —dijo ella—, supe que algo andaba muy mal el día en que llegaste sin el lunar en la barbilla. Todos se horrorizaron. No había querido decírtelo, pero Emmanuel se atoró con un chicle cuando te vio y tuvimos que llevarlo a la enfermería.

—No sé qué está pasando. Acabo de darme cuenta de que no tengo ombligo, y ni siquiera me he bajado los pantalones todavía; no quiero saber si ya perdí algo de la cintura para abajo.

—Tranquilízate. Veámonos en la fábrica a las 9:00 antes del cambio de turno y pensamos en algo.

Colgué el teléfono, colé la pasta, la serví con la salsa y comí de afán. Dejé la loza sin lavar, me puse un abrigo y tomé el último bus hacia la fábrica. La noche estaba callada y el

cielo muy despejado; el conductor iba rápido y no dejaba de mirarme por el retrovisor; paró en seco cuando timbré para que me dejara en el próximo paradero. Encontré a María envuelta en una chaqueta impermeable y una bufanda. Me volvió a quitar la cara cuando quise darle un beso en la mejilla y me llevó a través de una puerta trasera que no conocía. En ese momento me dije que apenas llevaba dos meses trabajando en la fábrica: era mi tercer empleo en seis meses y no podía darme el lujo de perderlo de nuevo. Atravesamos un pasillo, dimos una vuelta a la izquierda, luego a la derecha, de nuevo a la izquierda, subimos por unas escaleras de concreto y dimos el último giro a la izquierda.

—Llegamos —dijo ella—, esta es la bodega.

Había cientos de cajas, traperos, bolsas para la basura y tres muñecos inflables de la franquicia de Toy Story: estaba Rex, el dinosaurio, un Woody sin pupilas y los tres marcianos verdes; habían sido confeccionados en un solo inflable y no como figuras independientes, por lo que daba la impresión de ver a tres enanos siameses.

—Rápido, saca todos los muñecos del Señor Cara de Papa que puedas —dijo María—.

Tomé todos los cuerpos, orejas y patas que pude, además de tres sombreros y dos bigotes que encontré al fondo de una bolsa. No pude sacar nada más: como dije, los ojos y las demás partes las ensamblan en una fábrica de Vietnam. Cerramos las cajas, tratamos de dejarlas como estaban y salimos por un ducto de ventilación que daba a una alcantarilla para evitar el cambio de turno.

Tomamos un taxi con María y llegamos a casa. Apestaba. Me apresuré a quitarme el abrigo y dejar los muñecos sobre el sofá para tomar un baño cuando me di cuenta de que me faltaba la mano derecha. Pensé lo mal que se me daba escribir con la izquierda. Pensé en las cosas que nunca hice con la derecha. María trató de no alarmarse, pero tenía los ojos aguados y tuvo arcadas.

—Dúchate y después miramos cómo lo arreglamos —dijo con lástima y asco.

Entré a la ducha y me puse bajo el chorro de agua caliente. Tomé el jabón con la mano izquierda, lo froté contra un estropajo y traté de limpiarme lo mejor que pude. Me lavé el pelo, me froté la espalda y el culo. Cuando llegué a la verga noté que algo faltaba: había perdido las bolas en alguna parte del camino y podía sentir cómo el pene desaparecía. Era la primera vez en esos días que veía en tiempo real la desaparición de una parte mi cuerpo. Salí de la ducha en silencio y sequé lo que quedaba de mí sin mucha esperanza. Caminé hacia la sala con la toalla sobre la cintura cuando vi a María, Miguel y Emmanuel. Se me tiraron encima y me sujetaron de las manos y los pies. Emmanuel se atragantó de nuevo con un chicle cuando vio que, en lugar de mano derecha, tenía un muñón perfectamente redondeado, liso, como el trasero de un bebé.

No opuse resistencia y no recuerdo demasiado lo que pasó de ahí en adelante. Sé que María me puso una bolsa negra que olía a ginebra en la cabeza y oí que Miguel soldaba cables y buscaba las instrucciones para activar el modo hablador del Señor Cara de Papa. Sentí un fuerte corrientazo justo donde tenía el ombligo y perdí la conciencia. Cuando desperté, no podía ver nada. No podía moverme. Estaba paralizado. María me preguntó si podía oírlo pero no pude responderle. Me informó que la operación había salido bien y que pronto llegarían los ojos, la boca y la nariz para completarme. Por suerte tenía orejas y entendía todo lo que me decía.

—Ya le informé al jefe de tu situación —dijo con ese mismo tono de lástima y asco con que decía todo últimamente—. Fue muy humano y me dijo que te daría tres días para recuperarte y retomar tus funciones en la fábrica. Me autorizó a dejarte en mi casillero en los almuerzos y a sacarte a tomar el sol dos veces al día. Por supuesto, ya no podrás ensamblar muñecos como antes, pero hay otras tareas para personas como tú que podrás cumplir a

cabalidad, como la de pisapapeles o sujetador de anteojos. En cuanto a lo nuestro, debo dejarte claro que a partir de ahora solo podremos ser compañeros, tal vez ni siquiera amigos.

Mis ojos llegaron al día siguiente como María lo prometió. Dos días después llegaron la boca y la nariz. Pude volver a sentir ese olor a formol de la fábrica, ese aire pesado de pegamento, disolventes y pintura para muñecos que respirábamos todos los días. A pesar de todo, me acoplé a mi nueva vida con facilidad. Me pareció práctico que mi nuevo cuerpo contara solo con lo fundamental para ejecutar movimientos básicos. Ahorraría una fortuna en consultas médicas y comida a partir de ahora. Por supuesto que extrañaba el sexo y lamentaba que las cosas no se hubieran dado con María, pero su intuición femenina probablemente la hizo reflexionar y, al cabo de unas semanas, robó una Señora Cara de Papa de la bodega para que pasara el tiempo conmigo. No hablaba mucho —solo decía diez frases pregrabadas que me cansé de escuchar—, pero era reconfortante tener a alguien que me hiciera compañía. A veces intercambiábamos accesorios y descubrí que me encantaba ponerme sus perlas y su bolso después de un día largo de modelar gafas. En cuanto a mí, no tenía mucho que decir. Por supuesto que podría haber dicho algo más que las diez frases pregrabadas que tenía en mi memoria de almacenamiento, pero no lo encontré necesario. El esfuerzo que debía hacer era enorme. Ahora me limito a comunicarme por medio de señas o gestos con las manos. Cuando me aburro, diseño mis propios vestidos o le pido a María que me deje un momento en la bodega a solas con mis nuevos compañeros.

Bibliografía

- Beradt, Charlotte. *El Tercer Reich de los sueños*. Trad. Leandro Levi y Soledad Nívoli. La Rioja: Pepitas de calabaza. 2021.
- Blandiana, Ana. *Proyectos de pasado*. Trad. Viorica Patea y Fernando Sánchez Miret. Cáceres: Periférica. 2008.
- Didi-Huberman, Georges. *Supervivencia de las luciérnagas*. Trad. Juan Calatrava. Madrid: Adaba. 2013.
- Didi-Huberman, Georges. *Exvoto: imagen, órgano, tiempo*. Trad. Amaia Donés Mendia. Buenos Aires: Sans soleil. 2013.
- Espinoza, Patricia. “Aquí, Chile: literatura neoliberal y literatura post estallido”. *Palabra pública*. 18 dic. 2019. <https://palabrapublica.uchile.cl/2019/12/18/aqui-chile-literatura-neoliberal-y-literatura-post-estallido/>
- Freud, Sigmund. “Lo siniestro”. *Obras completas*. Volumen 17 (1917-19). Trad. José L. Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu editores. 1979. 215-251.
- Gerber, Verónica. “Poner el lenguaje en las vías (para que estorbe)”. *En una orilla brumosa*. Querétaro: Gris tormenta. 2021.
- Piñera, Virgilio. *Cuentos fríos & El que vino a salvarme*. Madrid: Cátedra. 2008.
- Shklovski, Viktor. “El arte como artificio”. *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Comp. Tzvetan Todorov. Trad. Ana María Nethol. México: Siglo XXI editores. 1978.